

## EL SAN SEBASTIÁN DE TALENS O LAS SIETE VENGANZAS

**Ricardo Serna**

Escritor

**E**s evidente que uno olvida poco a poco lo leído conforme el tiempo solapa en la mente las vivencias. Pero hay obras que, por la razón que sea, soportan mejor el paso de los años. Hoy quiero hablarles



a ustedes de uno de esos libros sorprendentes y especiales, uno de los que consiguieron captar mi atención de forma radical. Podrán comprobar que no es ninguna novedad, desde luego, sino más bien lo contrario. Se trata del volumen de relatos intitulado *Venganzas*, debido a la pluma del escritor español Manuel Talens. El volumen fue publicado por Tusquets Editores en la inquieta Barcelona –siempre latente y culturalmente activa- de 1994. Como ven, el libro tiene solera, igual que los buenos vinos

criados en la calma serena del tiempo transcurrido.

El escritor es un hombre dotado de una especial capacidad para la recreación narrativa, para contar historias, y hace gala de una magnífica imaginación al inventar y ubicar, con peculiar y personal estilo, situaciones y personajes que a veces no poseen desarrollos literarios fáciles en apariencia.

Manuel Talens nació en Granada en 1948. Hasta cumplidos los cuarenta años, Talens no publicó. En 1992 salió su primer libro, la novela *La parábola de Carmen la Reina* (Cátedra), obra que fue acogida por la

crítica con enorme entusiasmo, proclamando la irrupción en el panorama literario español de Talens en términos tan generosos como “excelentísima primera novela...” (*Diario 16*), “consumado novelista” (*El Correo Español*), “envidiable pulso de narrador” (*ABC*), “alarde creativo, sorprendente, inusual, espléndido” (*El Comercio*), etc. Es preciso reconocer que la obra cayó de pie en el mundillo de la crítica, factor que animó al escritor andaluz a seguir en la difícil brecha de la creación.

*Venganzas*, su segundo libro, aparece en la colección Andanzas de Tusquets en octubre de 1994. Reúne doce cuentos divididos en dos partes. Y respaldada igualmente por la misma empresa editora, sale al mercado su libro *Hijas de Eva*, igualmente en la colección antedicha, en abril de 1997. Dos años más tarde, Tusquets reedita su primera novela. Luego llegarían *Rueda del tiempo* (2001), un libro de cuentos respaldado por la misma editorial; *La sonrisa de Saskia y otras historias mínimas* (2003), una colección de cuentos que salió al cargo de la granadina editorial Dauro; *La cinta de Moebius* (2007), debida al respaldo de Alcalá Grupo Editorial, de Jaén; y por fin *Cuba en el corazón* (2008), un libro de ensayos.

*Venganzas* es un conjunto de doce dignísimos relatos en los que el concepto de venganza aparece de una u otra forma, casi siempre de manera explícita, unificando así los diversos argumentos de los distintos cuentos. Éstos, por sí solos, no tienen que ver entre sí, a no ser que los contemplemos en una dimensión global, y vertebrados por ese factor unificador que actúa de nexo entre uno y otro. La idea de la venganza, el hecho mismo de su aparición en todas las historias, nos da pie a señalar que se trata del único punto en común, del lazo esencial e indiscutible que hace del libro de Talens algo homogéneo y compacto; una obra sólidamente confeccionada, en definitiva. La venganza se hace presente como noción a lo largo de todo el libro, funcionando de este modo como sistema vertebrador de la obra completa.

Cada lector es un mundo. A mí, lo reconozco, del libro de Talens me sobrecogieron especialmente en su día –y me siguen sobrecogiendo cada

vez que los releo- tres de los relatos contenidos en la entrega: “Fascis fascis”, “Señorita Custodia” y “El martirio de San Sebastián”; aunque es preciso decir que todos ellos, los doce, por una cosa u otra, merecen buena calificación particular.

A lo mejor, *El martirio de San Sebastián* es, de los mentados, el más sorprendente y vigoroso. Puede que contenga una trama, un armazón constructivo, más complejo y trabajoso. Sea como fuere, presenta elementos sobrados de interés como para detenernos con brevedad en su análisis.

Este relato, de mediano tamaño, cuenta la venganza de un personaje muy especial –ya desvelaremos luego su identidad- que opta por vengar la muerte violenta de su padre. El relato comienza presentándonos un narrador omniscio que va contando con pelos y señales las acciones desarrolladas por los personajes aparecidos en el cuento, que no son muchos tampoco.

Una vez que el lector, en las primeras líneas, asume y acepta necesariamente el papel del narrador, éste nos sumerge en una escena inicial, en tiempo de presente, con la que enlazará el desenlace del cuento. En medio –ya lo veremos- se abre un paréntesis narrativo a modo de *flashback* cinematográfico (*analepsis* en terminología literaria) en el interior del cual se nos narran escenas, vivencias e imágenes antiguas relacionadas directamente con la infancia del protagonista. Es, dicho de otro modo, una forma de retrospectiva narrativa que no carece, por añadidura, del suspense como elemento de apoyo.

Se nos presenta pues, al comienzo, una escena de amor entre dos personajes, uno de ellos -actuante secundario- un muchacho joven. El narrador siembra desde aquí, y hasta el final del relato, un elemento de duda o, más bien, de distracción y ambigüedad, en relación con el protagonista, pues del personaje central no nos ofrece datos concretos de sexo ni edad; sólo se nos dice que hay una notable diferencia de años entre ambos y que el personaje principal se siente mayor ante la presencia en la

cama de la piel tersa y joven del otro personaje. Pero el lector ignora en realidad si se trata de un personaje masculino o femenino, de tal manera que la mayoría de los lectores, llevados de la inercia y la costumbre, van a pensar posiblemente en una pareja heterosexual.

Una vez entablado el juego literario, Talens sume al lector en un mundo de erotismo dulce y bien llevado del que ya no será capaz de salir hasta alcanzar el desenlace. Y todas las escenas de amor, incluso el acto final de la venganza, tendrán lugar bajo los compases de la música de Beethoven, elemento sensitivo que inunda de manera efectiva el fondo del relato. Es una forma de crear ambiente, un fondo teatralizado –o cinematográfico, si se prefiere– donde mover luego los hilos de los personajes. Y esto no lo digo en vano, puesto que Sagrario Perpiñán Ortuño escribió la adaptación de este relato a guión cinematográfico en 1999. Puede leerse dicho guión en la página web del escritor.

El dormitorio es el campo definido de la acción principal. Pero dentro del *flashback*, el decorado se amplía, se diluye intemporalmente en la propia dinámica imaginativa de los lectores, de tal modo que sólo en el escenario limitado del dormitorio, el escritor se muestra como dueño indiscutido del paisaje literario.

Ese personaje maduro e innominado que hace el amor con el joven muchacho, nos cuenta –hablando siempre por boca del narrador omniscio– sus recuerdos de infancia. Revive aquella visión del campo de prisioneros de la playa, donde su padre estuvo detenido antes de ser ejecutado. De esas escenas, huimos con el protagonista hacia la feliz infancia anterior a la guerra. Se habla, en el marco de la analepsis, de cómo adoraba a su padre, y se nos describe la habitación penumbrosa donde vio por vez primera la imagen del San Sebastián renacentista de Palma Vecchio, herencia de antepasados florentinos que se instalaron en España durante el reinado de Amadeo de Saboya. La imagen de San Sebastián le daba miedo cuando apenas gateaba; luego pasaba horas muertas observando la pintura, obsesionándose con la forzada postura del mártir, con sus largos

cabellos y esa expresión que parecía mantener la entereza y la dignidad a pesar del sufrimiento. Diríase que disfrutaba casi con el dolor del martirio.

Tenía seis años el personaje cuando su abuela Margarita le explicó que aquel santo del cuadro familiar no era una mujer, sino un hombre, un militar del ejército romano. Un soldado, en definitiva.

El escritor narra cómo el protagonista de la historia tenía clavada en la frente a fuego la imagen altiva de otro soldado, el capitán Camacho, el oficial fascista de brillantes botas que se llevó detenido a su padre, y con el que va a identificar la figura del santo. El militar uniformado va a ser San Sebastián. Y una enfermiza manera de vengar la muerte de su padre, será asesinar hombres uniformados, militares, soldados.

Así pues, el protagonista identifica la maldad y crueldad del capitán Camacho con la estampa del mártir pintado por Palma Vecchio. Y desde ese instante soñará con vengar siete veces –una por cada tiro que recibió su padre en el pecho- la ejecución de su progenitor, llevada a cabo en el interior de un campo de prisioneros durante la posguerra española posterior a 1939. En realidad es una búsqueda inconsciente del padre por parte del personaje, un intento de llegar a toda costa a refugio seguro, un anhelo de vuelta a la sensación feliz de la niñez primera.

Regresamos del *flashback* de la mano del personaje. En ese momento, el narrador nos sitúa de nuevo en el escenario del presente, en el dormitorio. Ha pasado un tiempo inconcreto y llegamos a las ocho de la mañana. A esa hora, el protagonista se ducha pensando que todo es perecedero en esta vida. Se arregla y hasta se maquilla para disimular años y arrugas. Y cuando regresa al dormitorio, contempla al joven durmiendo con placidez. El relato añade, como factor de interés argumental, el hecho de que el personaje central acaba desvelando su homosexualidad en los trazos finales del cuento. Se trata, por añadidura, de un maduro capellán castrense que decide vengar la muerte de su padre asaeteando a siete soldados, uno por cada tiro que su padre recibiera.

Se configura, pues, como un asesino en serie, un demente que, obsesionado desde niño con la iconografía del mártir soldado romano, busca saciar sus apetitos básicos de placer y venganza a través de la plástica del asesinato alevoso.

Por su postura, el durmiente le recuerda enseguida al San Sebastián de Mantenga. Así que se agacha, saca una ballesta de debajo de la cama y mata al joven con una primera flecha que aloja en pleno corazón. Le dispara luego catorce flechas más repartidas por todo el cuerpo. Hasta ese momento había conseguido la réplica de dos sansebastianes, el de Antonello de Messina y el de Perugino, así que ésa había sido su tercera réplica y la sexta de sus venganzas. Es entonces, y no antes, cuando el narrador nos desvela la identidad del protagonista en la sombra. Dice así: “... justo en el momento de salir, descuelga la sotana del perchero de la pared. Se la pone y sale al exterior. Cuando se ha llegado a ser capellán castrense, es necesaria la puntualidad: dentro de catorce minutos tiene que celebrar en el cuartel la misa de las nueve”.

El desenlace es la guinda que corona el buen desarrollo narrativo del texto. Un relato que, enmarcado en los límites materiales de *Venganzas*, es uno de los doce puntales que soportan con especial mérito el libro de Manuel Talens, una lectura entretenida y de calidad incuestionable que desde aquí se recomienda con total sinceridad y llaneza. Leer al granadino y disfrutar de buena literatura es todo uno.

∴